

A black and white photograph of two wine glasses on a table. The glass in the foreground is a large, elegant glass, partially filled with a dark liquid. The glass in the background is smaller and also partially filled. The background is dark and out of focus.

Los crímenes
de Ardeshir Villa
KALPANA
SWAMINATHAN

Siruela/ Policiaca

Kalpana Swaminathan

Los crímenes de Ardeshir Villa

Traducción del inglés de Dora Sales

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

A mis padres, por sus bodas de oro

Agradecimientos

Este libro se ha inspirado en las muchas personas desposeídas, hombres y mujeres, que reconstruyeron sus vidas en las calles de esta ciudad-refugio en las décadas que siguieron a la liberación de Bangladesh. Sus historias ejemplares de coraje y fortaleza tienen poco que ver con la historia de este libro, pero he tomado prestado parte de su insaciable gusto por la vida.

La mayoría de mis amistades y conocidos han contribuido, sin sospecharlo, a la cocción de este libro, y espero represalias por su parte.

Estoy en deuda con mi tía P. Saraswathi por darme a conocer el Raag Jinjhoti, pues transmitió con generosidad la esencia de su significado a alguien que tiene un pobre oído para la música.

Ardeshir Villa fue diseñada por Shubha Pachigar, que empleó sus considerables habilidades como arquitecta para hacer que mi castillo en el aire fuese no sólo habitable sino lujoso... y después remodeló el interior para adecuarlo a las excentricidades de la autora.

El menú milenario de Tarok Ghosh no puede imputarse a

ningún chef ni historiador, pero un cocinero común puede evocarlo sin echarse a llorar.

Los crímenes de Ardeshir Villa

Reparto

FELIX REGO: El crítico culinario

La ávida columna de nuestro corresponsal culinario tiene tendencia al asesinato...

ALIF BEY: El genio

El ermitaño brillante se vuelve miserable cuando su Musa muestra pies de barro...

RAFIQ KHAN: El bailarín

Su Shiv Tandav desató el caos. ¿Restaurará el orden su próxima actuación?

DRA. HILLA DRIVER: La anfitriona

Esta fiesta en casa es su forma de exorcizar el pasado, pero algo sale terriblemente mal...

CHILI: La modelo

¿Qué hay mejor para el cutis de una chica que una píldora vitamínica? Pero una la dejó lívida...

TAROK GHOSH: El cocinero

Desde su condición de chico de la calle aprovechó los recursos gastronómicos de su excelente cocina para

sonsacar secretos. Pero arriesgó demasiado en una receta...

LOLA LAVINA: La superviviente

De víctima a defensora en progresión natural, sin embargo esta mujer de fortuna tiene la mirada puesta en lo que hay por delante...

RAMONA: La debutante El fin de semana prometía ser todo lo que había soñado. Pero no tuvo en cuenta el asesinato...

UJWALA SANE: Mujer fatal

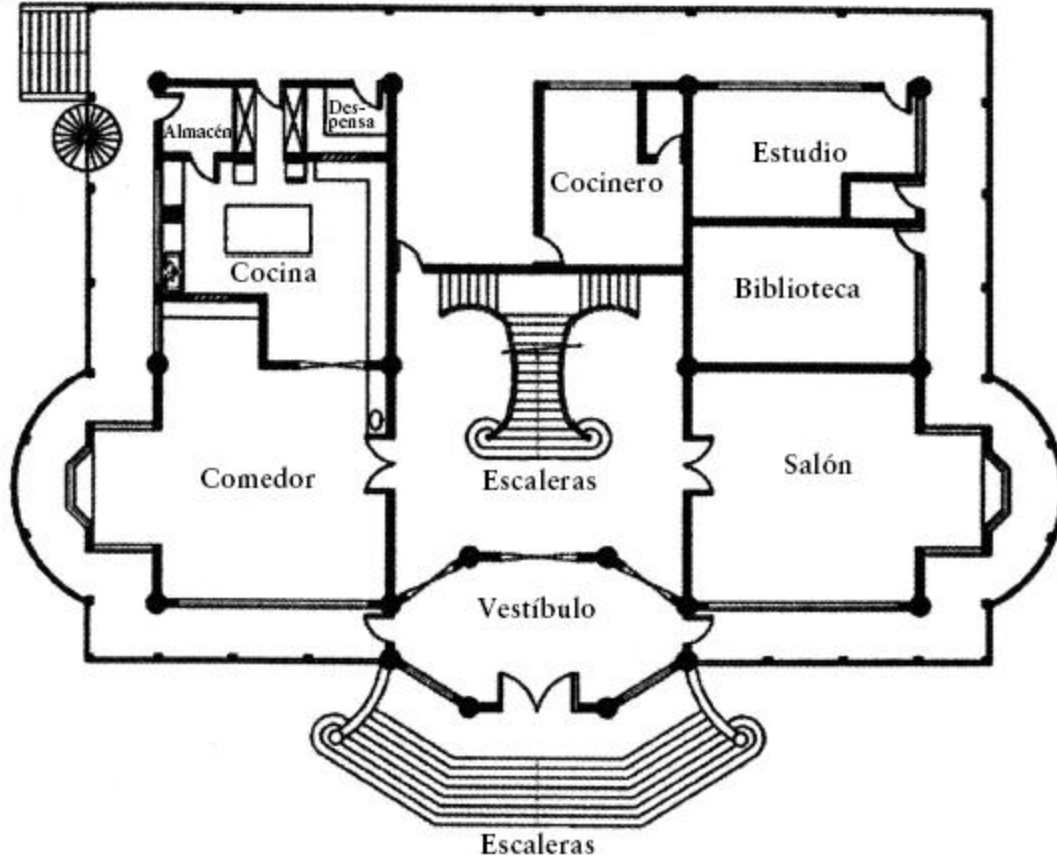
Mantiene a los hombres a raya. Pero, para ella, los cocineros no son caballeros...

LALLI: La detective Recopila curiosidades, y este fin de semana parece volverse más y más curioso...

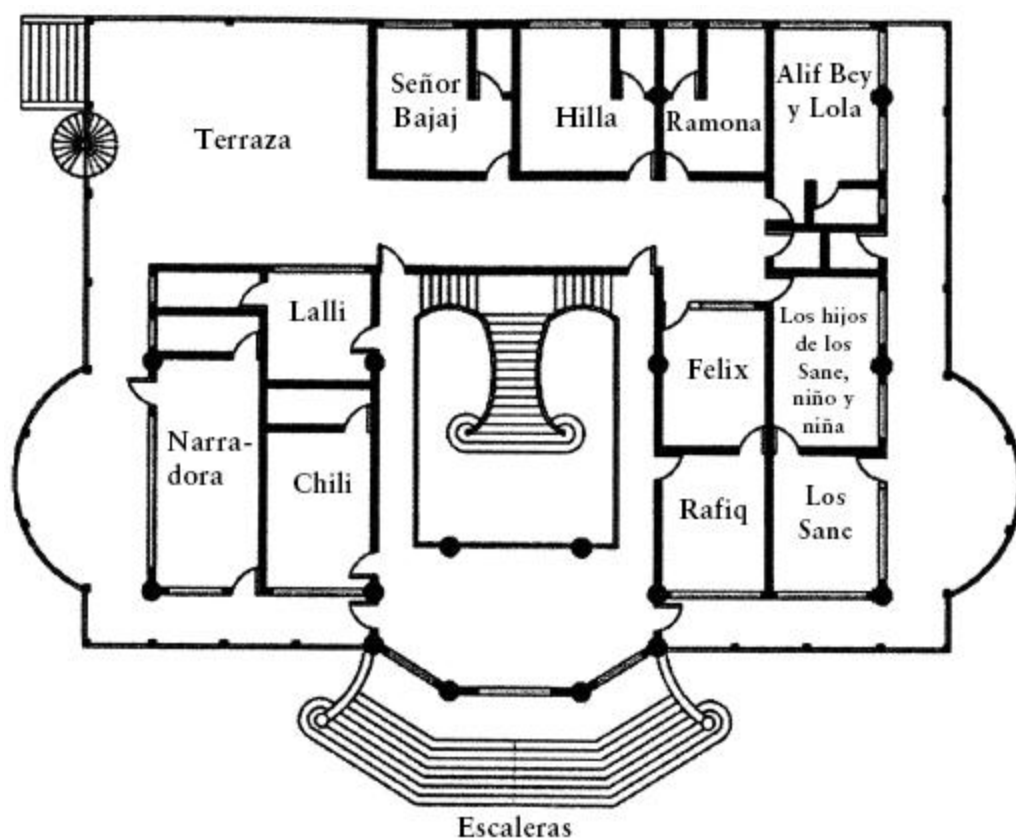
LA NARRADORA

Complica su relato al enamorarse perdidamente...

Escaleras



PLANTA BAJA DE ARDESHIR VILLA



PRIMER PISO DE ARDESHIR VILLA

1

Pasé toda la mañana con un cadáver. Yacía sobre el granito jaspeado del banco del parque, abotargado bajo el sol.

Un año antes, el modesto éxito de un exiguo volumen de relatos me estimuló hacia una novela. Andaba entre trabajos... ¿o no?

-Tienes treinta y dos años y ya te cruje la muñeca -afirmó mi editor-. Darás clase sobre poetas muertos a disléxicos durante las próximas tres décadas a menos que lo dejes ahora.

Le odiaba, pero tenía razón.

-Sondea las cloacas del alma -me aconsejó, con cierto entusiasmo.

Me costó un año y cien mil palabras darme cuenta de que las cañerías tenían una fuga. El libro apestaba.

Aquella mañana me arrastré hasta el exterior pensando que una lectura al fresco ayudaría. *Nada*¹. El libro estaba bien muerto y el aire fresco no sirvió para reanimarlo.

Dejadme empezar por el principio.

Perdí mi carrera, a mi novio y mi biblioteca, todo, en veinticuatro horas, lo que seguramente es un récord en los

anales de los desastres no naturales. Una de las peores cosas que puede hacer una profesora novel es defender a un alumno malintencionado. Yo lo hice, también, a las nueve y media en la sala de profesores, con todos los jugadores principales del sutil juego del puterío académico escuchando con avidez.

No hay nada sutil por lo que respecta a la ira de un docente de mayor rango. Me alcanzó antes de que hubiese terminado el día.

Durante toda aquella semana me vi inundada de informes, alejada de las clases. Mi tarjeta fue rechazada en la biblioteca, el código de acceso anulado. La sala de profesores se quedaba vacía en cuanto entraba. El viernes por la mañana el asunto culminó con un rápido final quirúrgico.

A las once mi novio dijo que teníamos un problema respiratorio, que no podía seguir soportando el aire que yo respiraba. Oh, bueno... él tenía que presentar una tesis doctoral, ¿no?

A las once y media se me condujo, sin medicación previa y sin vendarme los ojos, a la decapitación. Mi carta de despido estaba sobre el escritorio de la profesora Sandeha, aunque todavía sin firmar. Su mano se cernía sobre el brillante despliegue de bolígrafos de plástico: rosa ácido o verde bilis, ¿cuál asestaría el golpe de gracia? Al final los ignoró todos.

Alargó la mano hasta su bolso. Me sentí halagada.

Era evidente que iba a ser un momento Montblanc.

Un golpe brutal con aquella Mozart Meisterstück negra, y todo terminó. Salí, liberada de una carrera cubierta de telarañas.

Poco antes del mediodía subí a mi habitación para ordenar las cosas. Los libros habían desaparecido. *Todos* mis libros.

La carrera y el novio podían reemplazarse. La biblioteca, no. El novio, no hace falta decirlo, se llevó los libros.

En las veinticuatro horas siguientes adquirí una máquina de escribir, una nueva dirección y una tía.

Un año después, las conservo a las tres.

La máquina de escribir es una Brother portátil, con un acabado torcido en la T.

La dirección es Utkrusha, número 44, Adarsh Road, Vile Parle East.

La tía es Lalli.

Dejadme decirlos de inmediato que no es una tía al uso. Su estatus como tía es accidental. El accidente es mi padre, que, hace poco, y por motivos tanto privados como preocupantes, recuperó a esta extremadamente periférica ramita del árbol familiar.

Cuando llegué a casa aquella tarde, tras haber echado por la borda carrera, novio y biblioteca, encontré a mi familia dividida y sumida en el caos.

A la mañana siguiente, llegó Lalli. Yo no tenía ni idea de dónde había salido, o quién era, o por qué su presencia suponía tal consuelo para mis apabullados padres. Para mí

era un momento desconcertante, también. Quedé excluida de sus preocupaciones, porque ya tenía bastante con lo mío.

Pero todavía no estoy preparada para contar esa historia. Ahora basta decir que la presencia de Lalli me consoló tanto como a ellos. Aunque en mi caso el consuelo se produjo más bien por su completa falta de curiosidad por mis trastornos recientes. Cuando pasó la tormenta, mis aliviados padres se marcharon a Lonar, a cultivar rosas, y yo me fui con Lalli.

Compartimos techo, pero poco más. Ella tiene su espacio, yo tengo el mío. Mantenemos el acuerdo tácito de no rozarnos ni un pelo (que en el caso de Lalli es un revuelto de rizos plateados. El mío, ya que preguntáis, es liso como un plomo, y el doble de aburrido). A lo largo del año hemos evolucionado desde la cautela mutua a la mutua tolerancia.

Cuando me mude, cosa que debo hacer pronto, echaré de menos a Lalli más que nada en mi vida. Y eso es desconcertante... teniendo en cuenta lo poco que sé de ella. Tiene sesenta y tres años, descalza mide uno sesenta y siete, en la báscula del baño pesa cincuenta y siete kilos. Tiene cara de actriz, surcada de arrugas, cambiante, expresiva. Ojos negros y brillantes cuando están inactivos, aunque a veces se encienden como un soplete. El pelo, como mencioné antes, es una espuma plateada. Se mueve con una economía veloz que se confunde fácilmente con la elegancia, hasta que te das cuenta de que es disciplina.

Entonces piensas que es sigilo, velocidad, agilidad. Tiene las manos cuadradas, sorprendentemente fuertes para una mujer que se pasa la mayor parte del tiempo leyendo.

Hasta que me mudé aquí, ella vivía sola, o casi. No he preguntado, pero no creo que haya estado casada. Hay, con certeza, una vida rebosante en su interior, que no tiene nada que ver con la que lleva de forma visible. La he sorprendido en momentos en los que el día se le escapa y ella se pone tensa por la expectativa. Levanta la vista, para escuchar un paso o una nota musical en la distancia. Alerta. Nunca dura más de un instante. Después el ligero sofoco se disipa, y su mirada se repliega y se vuelve impenetrable.

Nuestro salón recibe un flujo constante de visitas. Al principio la variedad me deslumbró. Aparecían a todas horas. A veces se quedaban el día entero aturcidas, desplegando los movimientos de la cortesía mientras se servían y se retiraban las comidas. En otras ocasiones eran rechazadas por Lalli con una orden escueta: «Vete, por favor. Ahora». Éstas, me percaté, por lo general iban muy bien vestidas y traían consigo el aura inefable del dinero.

En la primera semana que pasé en Utkrusha, le abrí la puerta a una de estas personas. Tenía una cita, dijo. Se llamaba Surendranath Shah. Lalli no estaba, se había esfumado tras una llamada telefónica, y me sentí obligada a hacer compañía a la visita. Le llevé el vaso de agua de costumbre y le di a elegir entre té o café, le acerqué el periódico, y me disponía a volver a mi máquina de escribir cuando algo me entretuvo. Nos pusimos a hablar, y el señor

Shah, descubrí, era astrólogo... no tanto por elección como por herencia. Para cuando Lalli regresó estábamos en plena discusión sobre los símbolos funerarios egipcios. Me fui con cierto pesar.

Más tarde, cuando se hubo marchado, le pregunté a Lalli si sus predicciones eran fiables.

-No conozco sus predicciones -contestó mi tía-. Espero descubrir si las mías lo son.

Me sorprendió. Lalli parecía demasiado racional como para fiarse del poder de las estrellas.

-Pronostico que pronto se delatará -continuó Lalli-. Parecía que teníais mucho de que hablar.

-Tiene un enorme interés por el simbolismo egipcio.

-No. Lo tienes *tú*.

-Oh, sí, pero apenas sé nada sobre ello. Él es un experto.

-¿Y cómo llegasteis a Egipto? ¿Cómo se entabló exactamente la conversación?

Su tono de voz era innecesariamente cínico. Aquel hombre parecía un conejo inofensivo. Un poco venido a menos, pero en lo esencial *bechara*, inocente; *pavam*, un pobrecito.

-Es astrólogo -contesté con firmeza-. Toda su familia lo ha sido durante los últimos seiscientos años.

-¿Y te dijo eso en cuanto abriste la puerta?

-Después de que le pusiera cómodo con un vaso de agua y el periódico, sí.

-Ajá. ¿Y el periódico estaba tal y como lo dejaste al terminar tu segunda taza de café?

-¿Cómo...?

-No importa. Lo que quiero decir es que estaba abierto por la sección local, por la segunda página y doblado en vertical con la mancha de café justo debajo de la columna *Las estrellas pronostican*.

Estaba a punto de protestar indignada cuando me percaté del periódico, mancha y todo.

-Pero eso no fue todo, ¿verdad? Llevas una semana preocupada por el tema egipcio, dándole vueltas a cómo podrías colarlo en tu libro. Ayer te planteaste situar una escena en una pirámide. Esta mañana has transferido tu lealtad a la Esfinge. Esas cosas se *notan*.

-¿Cómo? ¿Me leyó la mente?

Lalli se rió.

-Leyó el entorno. Mira alrededor.

Lo hice. No vi nada.

-Observa la estantería.

Eso era sencillo, lo difícil es apartar la vista. Otras habitaciones tienen paredes. El salón de Lalli tiene libros. Necesito una escalera de mano para llegar a la fila más alta.

-¿Cuál es el último libro que has leído? Es fácil decirlo.

Entonces me di cuenta, un volumen grueso de color escarlata sobresalía un poco con respecto a la base. Estaba demasiado alto como para leer con facilidad el título, pero el lomo mostraba la inconfundible geometría achaparrada de la tumba de un faraón. Lo había estado leyendo la tarde anterior.

-No tan rápido -repliqué-. En primer lugar, se trata de *Noches de la antigüedad*, de Norman Mailer. El señor Shah no parece el tipo de persona que lee a Mailer. En segundo lugar, ¿por qué iba a pensar que *yo* estuve leyendo ese libro? ¡Podrías haber sido tú!

-Cierto, podría haber sido yo. Pero con el indicio añadido de la forma cónica garabateada al lado del crucigrama, claramente realizada con el lápiz que incluso ahora sigue donde lo dejaste, y que es probable que tuvieses en la mano cuando abriste la puerta... el señor Shah mostró bastante lógica al concluir que estabas interesada en el antiguo Egipto. Y en cuanto a tu idea de que no parece el tipo de persona que lee a Mailer... ¿cómo podrías saberlo?

-No es posible que se diera cuenta de todo eso. Nadie se fija nunca en cosas así.

-Yo sí.

-Tienes mente de asesino de bajo nivel.

-También el señor Shah. Es un bígamo aplicado que me ha pedido que localice a su esposa desaparecida. Más bien pienso que la ha asesinado.

Me reí.

Y dejé de hacerlo con rapidez cuando vi su cara.

Estaba completamente seria.

-Espera un momento -dije despacio-. ¿Quería que localizases a su esposa? ¿Qué eres, una agencia de personas desaparecidas?

-Entre otras cosas. Recopilo curiosidades. Acepté buscar a la esposa del señor Shah porque lo encuentro curioso.

Para entonces la mandíbula se me había caído hasta la cintura. Con todo, faltaba una última pregunta esencial:

-Pero ¿por qué?

-¿Por qué se tomó la molestia de cultivar la conversación contigo? -Lalli sonrió con picardía.

Me estremecí. Surendranath Shah, de haber tenido más tiempo, podría haberse organizado, y haber saltado con agilidad de *kundali* a *kundalini*, del horóscopo al sexo.

Después de aquello, fui cautelosa con las visitas de Lalli durante un tiempo.

Pero poco a poco mis escrúpulos se desvanecieron. Hoy menciono con orgullo entre mis conocidos a un falsificador, un desfalcador, varios prestidigitadores que roban carteras para ganarse la vida, y una modesta colección de impostores. En cuanto al señor Shah, está a la espera de juicio. La esposa desaparecida fue localizada con bastante facilidad. La encontraron en un camión lleno de fruta, distribuida de modo uniforme en trocitos convenientemente colocados entre capas de mangos de la variedad alfonso, madurándose en su camino hacia la exportación.

Hay expedientes de Homicidios todas las semanas. Tardé unos días en darme cuenta de que Lalli se había pasado los últimos treinta años en la policía. No se ajusta a la idea que tengo de una mujer policía, ni siquiera a la de una famosa detective que echase una miradita a rastros de sangre. Supe del pasado célebre de mi tía por otro encuentro curioso.

En esa ocasión fue un policía uniformado con el arco iris

completo sobre el hombro, y una sonrisa de anticipación que se esfumó cuando me vio.

-¿Lalli, por favor? -preguntó bruscamente-. Si no está en casa, esperaré.

Y antes de que me diese cuenta se deslizó por mi lado y se fue derecho al sofá beige.

Traté de mantener la voz tranquila cuando mi mente se puso a nadar por todos los relatos escabrosos de acoso policial que había escuchado de mis amigos que trabajaban en ONG.

-¿Qué quiere de mi tía? -espeté-. No puede molestarla de esta forma. Conocemos bien nuestros derechos. Un policía de uniforme no puede presentarse en casa de alguien sin previo aviso...

Me consolé con ese *previo aviso*. Tocé la tecla adecuada. Hice un inventario rápido de gente que correría en mi ayuda, y tiré la lista a la basura. Tendría que manejarlo yo sola, y parecía tener todas las palabras adecuadas. No obstante, mi elocuencia se malgastó. No me escuchaba. Estaba tecleando en su móvil de modo febril. Posiblemente llamaba para pedir refuerzos.

No, me pasó el teléfono.

-Todavía estoy en Colaba -sonó la voz de Lalli-. Tardaré una hora o más en llegar a casa. No te preocupes por Balu, no te molestará. Es uno de mis hombres.

¡Balu! Entrecerré los ojos. La insignia de plástico en su uniforme decía Balkrishna Jadhav. Me sonrió alegremente.

-Un policía de uniforme puede visitar a un oficial

superior en su casa. Incluso si está retirado.

-Yo... no sabía que Lalli estaba en la policía -balbuceé de forma estúpida.

-¿No sabías que el *Ramayana* va sobre Rama? -se rió. Dio un golpecito al voluminoso expediente que había colocado sobre la mesita-. ¿Ves lo gordo que es? Si Lalli no lo ve esta semana, aumentará.

Aturdida, abrí el expediente.

Lo cerré deprisa.

Necesité sentarme. Necesité un vaso de agua.

Nuestras disculpas colisionaron.

-Lo siento, no debería haberlo abierto.

-No, no, es culpa mía, debería haberte parado. Puede ser muy... impactante.

Lo fue.

En el expediente había fotos. Imágenes brutales, nauseabundas. Lo peor de todo es que reconocí el rostro. Lo había visto en primera página durante toda la semana anterior, como habían hecho los otros diecisiete millones de personas en Bombay.

Sarika Doshi. Dieciséis años, asesinada en la seguridad de su propio hogar a plena luz del día. El asesinato dejó atónita a la ciudad. Los tabloides nunca lo tuvieron mejor, publicaron a doble página entrevistas con sabihondos que nunca estuvieron lo bastante cerca de la chica como para oírla gritar. *Ciudadanos adultos son asesinados con frecuencia en la ciudad, pero la muerte de una adolescente no puede ignorarse*, comenzaba sin reservas un reportaje.

Nada en la calma angelical de las fotografías de la víctima publicadas en aquellos periódicos revelaba el horrible asalto a su cuerpo. En aquel momento recordé algunos detalles.

La apalearon con una pesa de hierro y la rajaron con un cuchillo. Las dos armas eran de la casa. Su padre, un fanático del *fitness*, trabajaba todos los días con las pesas. El cuchillo era de la cocina. La chica había dejado entrar en casa al asesino. Al parecer éste encontró las armas con bastante facilidad. El cuchillo de la cocina era pan comido, pero ¿y la pesa? No había signos de lucha. Tanto el padre como la madre estaban trabajando cuando asesinaron a la chica.

Heridas múltiples, dijeron las noticias, pero esa jerga simplista había tapado *esto*. *Esto* era más que furia o desesperación. *Esto* era odio. No podías imaginarlo. Tenías que verlo. Cuando abrí el expediente vislumbré de un vistazo aquel instante de odio. Se me clavó en los ojos. Cortó el aire. Me dejó a oscuras.

Balkrishna Jadhav me trajo un vaso de agua de la nevera y encendió la televisión. India estaba jugando contra Nueva Zelanda en Ahmedabad. La miramos aturdidos mientras Dravid y Sourav mantenían el juego contra viento y marea. La asombrosa bola de seis carreras que lanzó Sourav no logró más que unos aplausos mecánicos.

-Informe forense -soltó Jadhav de pronto-. Ahora el público está acostumbrado a los cuerpos. Ves Discovery

Channel, ¿no? ¿*Granja de Cuerpos*? ¿Has visto ese programa?

Quise decir *Eso no es real. Está pasando en alguna otra parte. Pasa en la tele, lejos de nosotros, por el amor de Dios...*

Él apartó el expediente con enfado.

-Observo esto todo el día, después me voy a casa ¿y qué me encuentro? A los niños cenando y viendo *Granja de Cuerpos*.

Pude imaginar la escena. Dos o quizá tres pequeños y ansiosos Jadhav, contando los gusanos que había sobre la *varan bhat*, esa papilla de lentejas con arroz.

-Tanta pericia forense, tantas pruebas, tantos equipos caros. ¿De qué sirven?

-¿Aquí no tenemos esas técnicas?

-Claro que las tenemos. Si quieres un PCR, tenemos PCR, si quieres un STR también, lo tenemos todo de la A a la Z, ¿y de qué sirve? No hay coincidencia de ADN. Y hoy me llega un memorándum, hemos sobrepasado el presupuesto, ¿por qué no hay resultados? De modo que, naturalmente, he venido hasta aquí.

-¿Naturalmente?

Se apartó un mechón de pelo errante y sacudió la cabeza de forma lastimera.

-Al principio, cuando conocí a tu tía, solía llamarla Señora. Un día me dijo, Balkrishna, yo también tengo nombre, sabes leer, ¿verdad? En su insignia, como ésta, sólo había una palabra: Lalli. Entonces me dio vergüenza,

¿cómo voy a llamarla así, ni siquiera por su nombre de pila, sino por algo como un apodo? Pregunté, ¿por favor, señora, cuál es su nombre completo? Volvió a señalar la insignia. Así que pregunté a los demás, que también me dijeron que la señora era Lalli, todos la llamaban así desde el principio. Pero yo estaba demasiado preocupado. De modo que un día saqué su expediente. Y lo mismo: Lalli. Sin apellido. Después pensé que los tamiles sólo tienen iniciales, nombre del pueblo, nombre del padre, como mi buen amigo R. C. Ramanathan, Rayavaram Chandrashekar Ramanathan, así. No como la gente de Maharashtra. Conservamos el primer nombre, nombre intermedio del padre o el marido y después el apellido. Pero eso tampoco... no. No había iniciales para Lalli. Un auténtico dilema. Para entonces, yo también la llamaba Lalli, pero para ser sincero no estaba cómodo. Un día se lo digo a Fernandez. Un tipo con mucha experiencia, Fernandez. Se rió. Ahora también le ponemos iniciales -me contó-. La llamamos U. R. Lalli, porque es nuestro «Último Recurso». Desde hace ya muchos años, es U. R. Actualmente, antes de cerrar un expediente tenemos que rellenar un impreso extra. No es oficial, porque ella está oficialmente retirada. Siempre lo colocamos al final del expediente: una hoja en blanco con las iniciales U. R.

Cuando Lalli llegó, estuve a punto de excusarme, pero ella me detuvo.

-Quédate si puedes soportarlo -propuso.

-No es capaz -apuntó Balkrishna-. Se acaba de desmayar.

Lalli cortó mi indignada protesta:

-Una reacción normal ante lo inesperado. Podrá con ello.
Sí. Tendría que contar con muchos desmayos si planeaba quedarme con Lalli.

-¿Hasta dónde has llegado con Sarika Doshi, Balu? ¿Y el informe forense?

No había coincidencia de ADN, repitió Balkrishna Jadhav consternado. Tampoco había huellas. El agresor utilizó guantes. No había nada en la pesa, excepto las huellas del padre, como era de esperar.

-¿Y el cuchillo? -preguntó Lalli.

-Nada. Limpio.

-El informe de la autopsia dice que no había signos de violación. Me resulta difícil de creer.

Jadhav pareció incómodo.

-Hay cierta confusión. El patólogo dice que la víctima tenía una vida sexual activa, la segunda opinión de un ginecólogo dice también que hubo relaciones sexuales antes de la muerte. Pero las pruebas forenses dan negativo. Hablé con ellos, están utilizando técnicas muy avanzadas.

-¿Quieres decir en comparación con mi época, Balu?

-Todas las semanas sale alguna prueba nueva. ¿Cómo vamos a saber todo eso del ABC, el complejo avidina-biotina, y el SNP, el polimorfismo de nucleótido simple? Pero dicen que no han podido encontrar rastros de esperma.

-¿Y éste es el padre? ¿Es una foto reciente?

-Sí, sí, es una foto de la policía, tras el asesinato.

-Sarika era hija única. ¿Qué edad tienen los padres?

Balkrishna echó un vistazo a sus notas.

-Cincuenta. Cincuenta y pocos. La niña nació tras muchos años de matrimonio. Ahora están completamente destrozados. La niña era toda su vida.

-Dieciséis años, todavía iba al colegio, una vida entre algodones, aunque sexualmente activa.

-Por supuesto los padres dicen que es imposible. La madre se volvió histérica, el padre se puso violento cuando le mostramos los hechos.

-Por supuesto.

Lalli colocó la fotografía de los padres sobre la mesa.

-Necesitarás muchas comprobaciones, pero aquí está la respuesta. El caso está bastante claro.

-¿Claro? ¡No tenemos nada! La chica dejó entrar al asesino en casa. Lo conocía. Quizás lo estaba esperando. El asesinato es premeditado. Llevaba guantes.

-Oh, no, los guantes estaban en casa.

-No había guantes en la casa. ¿Por qué debería haberlos? ¿Y cómo iba a saber el asesino que había guantes?

-Acabas de mencionar lo más importante del caso, Balya. Ahora, investiga.

Él la miró y parpadeó como un tonto, y supongo que yo también lo hice.

Lalli suspiró impaciente.

-¡No había guantes en la casa! ¿*Por qué* no había guantes en la casa?

Yo no lo entendí. Los guantes son apenas necesarios en una casa de un dormitorio, salón y cocina, donde vive una

familia nuclear conservadora sin jardín ni enfermedades contagiosas.

-¿Te fijaste en las manos del padre, Balu? Supongo que el forense tampoco se fijó.

-¿Sus manos? No.

Lalli levantó las manos con indignación.

-¿No había manchas de tinte? Entonces utilizó guantes. Se ha teñido el pelo hace poco, no mucho antes de que se tomase esta foto. Pregúntate por qué un hombre de cincuenta y cinco años querría teñirse el pelo y el bigote y hacer pesas. Entra en su mente. Y encuentra esos guantes. Comprueba su historial médico y sabrás por qué los forenses obtuvieron un resultado negativo. ¡Habla con la señora Doshi, Balya! Descubre durante cuánto tiempo intentaron tener un hijo los Doshi antes de que Sarika fuese concebida. Retrocede dieciséis años, ¡anda!

No entendí nada, pero Balkrishna Jadhav salió casi corriendo del piso. Lalli suspiró:

-¡Qué fe ciega tienen en la tecnología! Sólo miran el resultado, positivo o negativo, y se acabó el asunto. Si no encuentras esperma, ¡piensa por qué!

-¿Por qué? -pregunté atentamente.

Lalli sonrió.

-No dejo de olvidar lo extraño que todo esto ha de ser para ti. Una posibilidad que debería considerarse cuando no hay evidencia de ADN es que el violador... o pareja consentida, aquí no se sabe... tenga un bajo número de espermatozoides, o que haya sido esterilizado.

Me tambaleé un poco cuando la venda cayó por fin de los ojos.

-No querrás decir...

-Descubramos por qué la señora Doshi tardó tanto en concebir su primer bebé antes de llegar a ninguna conclusión.

-Eso... eso es demasiado ruin -protesté de forma débil.

Lalli se encogió de hombros, su rostro era como una máscara de piedra.

-Sucedecada día -respondió.

A la semana siguiente los periódicos contaron que Mangesh Doshi colaboraba con la policía en las investigaciones.

-Ha confesado -explicó Balkrishna.

Podría pensarse que eso bastaba para hacerle feliz, pero no. Tanto él como Savio miraban a Lalli con tristeza.

-No servirá -añadió Savio, mordisqueando una galleta con fiereza-. Se librará, Lalli.

-Tenéis una confesión, ¿qué más queréis? -quise saber.

Los tres me fulminaron con la mirada.

-La confesión se hizo cuando estaba detenido -apuntó Savio-. Eso no es admisible.

Era la cosa más loca que había oído hasta el momento, pero evidentemente se resignaban a ello. Lalli intervino:

-Oh, no se librará. Encontrad esos guantes. Después veamos qué tiene que decir el forense.

Al final, Savio encontró los guantes, pero fue Lalli quien supo dónde estarían.

Savio... ah, Savio.

Es el tercer miembro de nuestro *ménage*, y, para ser sincera, no entiendo por qué.

No vive aquí, no oficialmente, aunque es rara la semana en la que, al levantarme, no me encuentro con sus piernas colgando del sofá beige mientras cruzo el salón para ir a la cocina. A un hombre de su tamaño no le corresponde dormir en los sofás. Le conocí quince días después de mudarme, justo cuando me estaba recuperando de la visión de aquellas fotos en el expediente que trajo Jadhav.

Tropecé con sus piernas mientras me dirigía adormilada hacia la cocina a las seis de la mañana, en busca de la primera taza de café. No fue un encuentro propicio. Grité. Él saltó. Ambos fruncimos el ceño... y lo mantenemos así desde entonces.

Savio es una losa de metro ochenta y cinco de músculo denso; denso es la palabra clave. No tengo ni la más mínima idea de cómo se topó con mi tía, pero en cuanto lo hizo se quedó. Tiene la casa a su entera disposición, aunque debo admitir que es limpio como un gato. Resulta evidente que es un protegido de Lalli. En el mundo exterior es el inspector Savio D'Sa, pero todo el mundo se olvida el D'Sa. Yo me mantengo fuera de su camino, y él del mío. En este caso, el recelo mutuo permanece recíprocamente vigilante. No es un tipo hablador por naturaleza. Tenemos la misma edad, treinta y tres, y no puedo entender qué hace merodeando alrededor de una mujer de sesenta y tres. Parece no tener vida propia, y lo compensa soltándole

a Lalli un rapapolvo de vez en cuando acerca de su salud y cosas por el estilo. Ella le prepara galletas. Galletas ricas.

De vez en cuando aparecen chicas en la puerta pidiendo ver a Savio. Lalli les ofrece té. Vienen a casa para hablar de Savio, pero en realidad se quedan para hablar de sí mismas, hasta que Lalli las despide amablemente.

-Todo lo que necesitan es alguien que las escuche - advertí a Lalli-, por eso encuentran a Savio tan irresistible.

No se me ocurre ninguna otra razón.

Este último mes nos hemos librado de Savio. Está fuera, de entrenamiento. ¿En qué? Cuando le pregunté a Lalli, respondió: de todo, defensa personal. Me reí, pero al parecer el Hombre Montaña ha sido educado para poner la otra mejilla. Antes de irse me preguntó cómo iba mi libro. Me sorprendió. No tenía ni idea de que supiera que escribo. Aunque yo tampoco sabía que él leyese.

Ha sido una presencia más bien sedante en medio del alboroto que hace tan agitada la vida con Lalli. A menudo me pregunto si me habría curtido tanto en el asesinato y el delito si Savio fuese menos flemático. Sus pies planos nunca se despegan del suelo. Su cabeza está prácticamente insonorizada ante los gritos. Evita lo escandaloso, atenúa lo curioso, y no reconocería una hipérbole aunque se la presentases en bandeja. La idea que Savio tiene del cielo probablemente es una celda de aislamiento.

En el sensacional caso de Sant Baba, en el que Lalli lidió con un milagro, y la prensa bramó por escribirlo, Savio simplemente realizó el arresto sin comentarios. Después se